

Máximo Fernández

Es triste observar con cuanta frialdad acoge nuestro medio la aparición de algunos libros, especialmente cuando tratan de historia. Porque si la cuestión va por el camino de la poesía o de la novela, páginas enteras se dedican en los suplementos literarios a analizar lo que en más de un caso es un cúmulo de disparates; se hacen mesas redondas, se entrevista a los autores, que aparecen en una foto de mano en la barbilla y el pelo desordenado y todo termina casi reclamando el Premio Nobel para el nuevo "best-seller".

El historiador, en cambio, carga casi siempre con el silencio, a no ser que su obra se preste a desenterrar pasiones y resquemores. Pero si el libro es serio, documentado, fruto de días y horas consagradas a formarlo, la indiferencia es casi absoluta. El pobre historiador solo sirve para sacar de apuros, como cuando lo llaman a uno por teléfono y le dicen: "Mirá, vos tenés tal o cual dato? En qué año fue tal y tal cosa? etc. Porque es muy fácil, más en esta época, sentarse a hacer versos: con unas cuantas angustias, algún trauma, diez ideas indefinidas, todo cocinado en salsa de socialismo (duro con el pobre Pinochet!), usted lector, tiene ya listo un tomo para presentar a la Editorial Costa Rica; el nombre podría ser "Visión Espacio-Tiempo" o algo por el estilo. Pero

de eso a "fajarse" de verdad en el Archivo Nacional y a leer una extensa bibliografía para presentar una verdad histórica, hay mucha distancia.

Tales reflexiones me vienen al la mente, con motivo de la publicación del libro "Máximo Fernández" de Orlando Salazar Mora, hecha recientemente por el Ministerio de Cultura. Creo, sinceramente, que es de lo mejor que se ha escrito en los últimos tiempos. En primer lugar, el tema ameritaba desde hace muchos años un estudio a fondo. Salazar Mora lo ha logrado hasta la saciedad. Con minuciosa paciencia, repasó y acumuló la máxima documentación relativa y logra darnos un estudio tan completo respecto al personaje, el ambiente y los hechos que protagonizó, como hasta la fecha no se había realizado. Da verdadero gusto leer una obra de esta índole tan profundamente documentada y con tan amplia bibliografía. Y más satisfacción produce en mi ánimo saber que el autor pasó un día por las aulas del Liceo Napoleón Quesada donde me he desempeñado como profesor desde hace años.

El libro de Salazar Mora no es, estilísticamente un modelo ni mucho menos; pero tiene la mejor virtud de toda obra literaria: la amenidad. Esa amenidad que atrapa al lector y hace que una vez

empezada la lectura, ya no se deje a un lado el tomo. Porque obras he leído escritas con tanta meticulosidad, que más no harían Baldomero Sanín Cano, Entrambasaguas o Víctor Julio Peralta en Costa Rica. Pero, Dios mío, ¡que aburrición!. Salazar Mora es ameno, sabe decir las cosas y agrada aún como simple distracción.

El desarrollo del tema es ordenado, conciso, sin complicaciones temporales que confundan respecto a la ubicación de los hechos. Y sobre todo, es un libro valiente. Sin empacho, Salazar Mora llama en él al pan pan y al vino vino; no para mientes en ventear, con fuerte base documental, los trapos pertenecientes a algún pundonoroso "patricio" a quien otros menos sinceros habrían disimulado sus fallas por convencionalismo o temor. Sin apasionamiento, serenamente, sin tomar partido ni siquiera por su propio biografiado (tentación muy corriente para el biógrafo) presenta las cosas tal y como ocurrieron, aunque en algunos casos no sean muy agradables. A este respecto es notable el capítulo relativo a las negociaciones petroleras en tiempos de don Alfredo González Flores.

Y es natural que así suceda, porque con la juventud de Orlando Salazar Mora y el alma y el intelecto limpios aún de tantas pasiones



Ricardo Blanco Segura

y bajezas con que la vida nos va sorprendiendo a través de los años, bien se puede escribir con tanto adarme de sinceridad.

Lea este libro, lector amigo. Créame que le va a dejar más que cualquier paparrucha novelística que en el fondo no es más que una mentira.

Y a Orlando, las gracias y la satisfacción de verlo iniciarse como historiador, en la esperanza de muchos frutos similares más.